

9312

GUZMÁN EL BUENO



RESEÑA HISTÓRICA DE LA DEFENSA

- DE -

TARIFA

POR

D. BENITO BLANCO Y FERNÁNDEZ



Segundo premio del concurso abierto

FOR LA

Exema. Diputación provincial



LEÓN: 1900

Imp. de la Diputación provincial

312

9312

GUZMÁN EL BUENO



RESEÑA HISTÓRICA DE LA DEFENSA

— DE —

TARIFA

POR

D. BENITO BLANCO Y FERNÁNDEZ



Segundo premio del concurso abierto

FOR LA

Excm. Diputación provincial



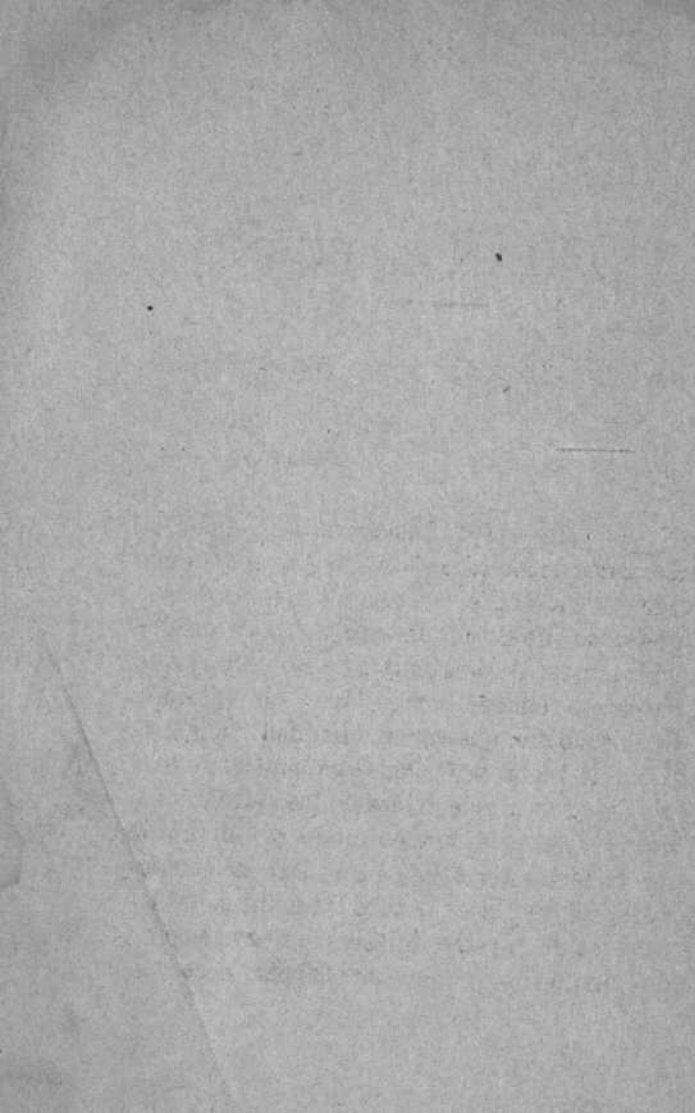
LEÓN: 1900

—
Imp. de la Diputación provincial

Al Sr. D. Policarpo Mingote,

*en testimonio del agradecimiento y
cariño que le profesa, dedica este tra-
bajo su discípulo*

EL AUTOR



GUZMÁN EL BUENO



*Las estatuas de los héroes
y de los genios están amasa-
das con gloria y calumnia.*

(PELLETAN.)

La epopeya de la Reconquista, iniciada en los riscos de los montes Astúricos por un puñado de valientes, de corazón más grande y generoso que el de aquellos héroes eternizados en los cuasi divinos cantos de Homero, y que supieron rehacer con ciclópea cimentación el edificio de nuestra nacionalidad, en la memorable lucha de Covadonga, sintiendo hervir bajo sus pies la cólera de los ejércitos del falso Profeta, impelidos como el simoun de los desiertos del Africa á sepultar los estados europeos y cristianos para tremolar sobre las cúpulas de nuestras iglesias la negra enseña del Islamismo, y sobre sus cabezas escucha-

ron rodar los fragores de una tempestad horrible y desencadenada, que abrió las cataratas de lo infinito con las amenazas de un nuevo diluvio, acompañado del imponente relampagueo del Sinaí cuando el Eterno dió su Ley al pueblo israelita con el *Yo soy tu Dios que te ha sacado de la esclavitud de Egipto*, y que desafiando el poder de los elementos de arriba y el bárbaro empuje de los invasores de abajo, depositada su confianza en la Madre de Cristo, abarcando con su mirada de águila hasta el último confin de la península, y puesto su denodado ardimiento al servicio de la fe combatida, de la patria deshecha y de la libertad arrebatada, lograron siglos después, con el aniquilamiento de la dinastía *nassarita* y la gloriosa toma de Granada, legarnos esta patria española digna de toda consideración y hoy de más próspera fortuna, llena está de hermosas y sublimes hazañas; pero ninguna de ellas parangonarse puede con la heroicidad de GUZMÁN EL BUENO, á quien D. Sancho IV el Bravo llamó el nuevo Abrahám; pero más desdichado que el del Antiguo Testamento, pues al ofrecer el sacrificio de su hijo en holocausto de la

patria, los ángeles del cielo no detuvieron el brazo que la atroz cuchilla descargó sobre el también nuevo é inocente Isaac.

*
* *

El ilustre progenitor de la casa de Medina Sidonia no ve la luz, rodeado del fausto y del bienestar que en los siglos XII, XIII y XIV disfrutaban los vástagos de aquellos señores feudales, guerreros y levantiscos que, á la cabeza de sus mesnadas, levantaban el pendón guerrero, ora para combatir á los invasores, ora en són de amenaza á sus mismos reyes, cuando éstos ponian coto á sus desmedidas ambiciones ó mermábanles sus señoriles prerrogativas; Alonso Pérez de Guzmán nace en el lecho de los hijos de *ganancia*, (1) sin que la legitimidad del matrimonio pueda rodearle de los solícitos cuidados del amor de la familia constituida, siendo confiada su educación por voluntad y derecho de su padre D. Pedro, Adelantado

(1) Llamábanse en León y Castilla hijos de ganancia á los que nacían de mujeres no veladas, y su madre D.^a Teresa R. de Castro no lo había sido con D. Pedro.

mayor de Andalucía, á D. Alonso Hernández, quien le adiestró convenientemente en las artes de la guerra y en todos aquellos *saberes* que constituían la cultura de los caballeros de su tiempo.

Dotado de relevantes facultades, muestras dió luego el heróico leonés de sentir en alto grado los estímulos del honor y su empeño decidido en alcanzar por merecimientos propios lo que no podía obtener por su bastardo origen.

Al celebrarse en Sevilla justas y torneos para celebrar la paz concertada con Mohamed, y cuyas negociaciones fueron confiadas, entre otros, al joven D. Alonso Pérez de Guzmán, obtuvo éste el primer premio de honor que, con la gloria y orgullo del galardón conquistado, le trajo las amarguras de que su propio hermano D. Juan Ramírez, á presencia del mismo rey D. Alfonso X el Sabio le sonrojara haciendo pública la bastardía de su nacimiento. Lastimado D. Alonso por descortesía tan cruel, solicita la desnaturalización, invocando—dice el ilustrado historiador Sr. Milgote—el derecho que le daba el fuero de los Hijos-dalgo de Castilla

y jurando no volver más á su tierra hasta que con *verdad* pudiera ser llamado *hijo de ganancia*.

Al recobrar su libertad de acción, é imitando el ejemplo del Cid y tantos otros nobles castellanos y leoneses, ofreció sus servicios, por mediación de Aben-Comat, al monarca de los benimerines, contra todas las personas y naciones del mundo que no fueran las cristianas.

Gran contento recibió Aben Jucef con el ofrecimiento de D. Alonso, y con grandes muestras de público regocijo fué recibida su llegada á Marruecos. Ofreciale el rey moro holgado campo donde acrecentar sus prestigios y pericia guerrera, por las continuas insurrecciones y levantamientos de los *rehabiles*, á los que sometió Guzmán en brevisimo plazo, pasando después á la corte á influir con sus consejos en la gobernación del reino de los *benimerines*, conquistándose con su prudencia y acierto la voluntad de Aben-Jucef, como ya se habia ganado el corazón del favorito Aben-Comat.

Mal andaban por aquel entonces las cosas en los reinos españoles; de mal en peor iban las de D. Alfonso X el Sabio, y á más funesta situación llevólas sus desatinadas pretensiones de ceñir á sus sienas la coroua imperial de Alemania, pues no sólo perdió el tiempo viajando de España á Alemania, de Alemania á Roma, de Roma á Alemania y de Alemania á España, convertido en juguete de los pontífices Alejandro IV, Urbano IV y Clemente IV, que se negaban á reconocerle como tal emperador, sino que también agotó el Erario público, empobreció la nación, que á duras penas podía soportar los impuestos, y alteró el valor de la moneda para subvenir á los gastos de sus costosísimos viajes, enajenándose el afecto de sus súbditos que iban en aumento engrosando las filas de los partidarios de D. Sancho. Reducido el sabio rey á la sola ciudad de Sevilla, abandonado de todos los principes de la cristiandad y falto de recursos para recuperar las ciudades y villas que se habían pronunciado por su hijo, vino á su memoria la de D. Alonso Pérez de Guzmán, y conoedor de la influencia del esclarecido leonés en

la corte de los merinitas, le escribe una atenta carta (1) solicitando su intercesión y valimiento para con el rey de los Benu-Marin, hasta lograr le preste sobre su corona alguna

(1) Primo D. Alfonso Pérez de Guzmán: La mi cuita es tan grande, que como cayó de alto lugar, se vera de lueñe: é como cayó en mí, que era amigo de todo el mundo, en todo él sabian la mi desdicha y afincamiento, que el mío fijo á sin razón me face tener con ayuda de los mios amigos y de los mios per-lades, los quales en lugar de meter paz, no á excuso, ni á encubiertas, sino claro, metieron asaz mal. No fallo en la mia tierra abrigo, nin fallo am-parador, ni valedor... y pues que en la mia tierra me fallece quien me habia de servir é ayudar, for-zoso me es que en la ajena busque quien se duela de mí; pues los de Castilla me fallecieron, nadie me terná en mal que yo busque los de Benamarin. Si los mios fijos son mis enemigos, non será ende mal que yo tome á los mis enemigos por fijos, enemi-gos de la lei, mas non por ende en la voluntad, que es el buen Rei Aben-Jusaf, que yo lo amo é precio mucho, porque él non me despreciará, ni fallecerá, ca es mi alleguado é mi apazguado: yo sé quanto sodes suyo é quanto vos ama... Por lo tanto, el mío primo Alfonso Pérez de Guzmán, faced á tanto con el vuestro señor y amigo mio, que sobre la mia co-rona más averada que yo hé, y piedras ricas que ende son, me preste lo que él por bien tuviere: é si la suya ayuda pudieredes allegar, no me la estor-vedes, como yo cuido que non faredes: antes tengo que toda la buena amistanza que del vuestro señor á mí viniese, será por vuestra mano; y la de Dios sea con vos. Fecha en la mi sola leal ciudad de Sevilla, á los treinta años de mi reinado, y el pri-mero de mis cuitas.—El Rei.

cantidad con que atender á sus muchas necesidades, «pues no le quedaba otro rey ni señor á la redonda de España que no fuese su enemigo.»

Decisiva debió ser la influencia de Guzmán en favor del desvalido Don Alfonso, cuando el mismo Aben-Jucef comisionó á nuestro héroe para hacer la entrega de sesenta mil doblas de oro que como primer socorro le enviaba, hasta tanto que ambos reyes personalmente convinieran la alianza que de buen grado se ofrecían. La entrada de Guzmán en Sevilla se hizo con la solemnidad que á embajador de tan poderoso rey era debida, y la que merecía el propio D. Alonso por sus méritos personales, harto bien conocidos entre los suyos. Brillante séquito de caballeros, deudos y amigos salieron á recibirle, acompañándole hasta el alcázar real donde rindió á las plantas del soberano el homenaje de su consideración y cariño, y las ofertas de que era portador por orden del emperador de Fez, recibiendo en cambio inequívocas demostraciones de afecto; y en prueba del aprecio en que era tenido por D. Alfonso, concertóse la boda de Guzmán con D.^a Maria

Hernández Coronel, dama de acrisolada virtud, gentil continente y de estirpe esclarecida, celebrándose la boda después de obtenido el permiso de Aben-Jucef, y recibiendo los esposos en patrimonio las villas de Bolaños y Alcalá de Sidonia, otros varios pueblos de León, Galicia y Sevilla, muchas heredades y tierras de Portugal y Torrijos, y joyas y caudales en gran cantidad. Verificada la boda, Guzmán retorna al Africa, donde continúa acrecentando su prestigio y valer sobre todos los consejeros de Jucef, y sus gloriosos hechos de armas dieron por resultado la conquista de los estados que en Marruecos poseía Budeluz y el sometimiento de Segelmesa, rey poderoso del Sahara; pero á medida que la fama y el prestigio de Guzmán crecían, en razón directa se aumentaba el número de los envidiosos *cadies*, *faqies* y demás dignatarios merinitas. Sorda conjura tramaron éstos, no sólo para desposeer á Guzmán de la alta confianza que en él tenía la corona, sino para privarle de la vida, conjura que se hizo más imponente y amenazadora al subir al trono de los bereberes, á la muerte de Aben-Jucef, su hijo Aben-Jacob,

no menos envidioso de la aureola popular del favorito de su padre, á quien por injusta aversión y peor instinto, meditó perder; pero se estrellaron sus planes con el favor y cariño de cuantos admiraban las virtudes y el valor del ejemplar caballero. Temeroso Guzmán del riesgo que corrían las vidas de su mujer é hijos, y cuidándose poco de la propia, pretextando desavenencias de carácter en el matrimonio y la necesidad de una separación inmediata, obtiene autorización para enviarlos á la península, consolándose de aquella separación forzosa, en verlos libres de toda traidora asechanza.

Cuál no sería la conducta de Guzmán bajo el reinado de su enemigo Aben-Jacob para asegurar su existencia, revélalo el haber salido ileso de cuantas luchas sostuvo por aquel monarca que más que á sofocar los levantamientos de los rehalies, le enviaba á morir; y el que la leyenda mora nos le pinte como un nuevo Teseo hundiendo su lanza en las entrañas de la *hidra* de Fez, libertando á la población de tan funesta vecindad, y al león que la sierpe agarrotaba entre sus anillos y que «al verse libre fué mansamente á

lamer las plantas de Guzmán sin separarse de su libertador en tanto que permaneció en aquellas tierras. »

Pero de tal modo se atentaba ya contra D. Alonso en aquel país que, comprendiendo la imposibilidad de vivir en él tranquilamente, al sorprender á un emisario del monarca, portador á los rehalies de secretas órdenes para poner término á su vida, decidió abandonar aquellas tierras, teatro de sus hazañas, y habiendo recibido de los sediciosos los impuestos exigidos por el rey, para que no se les atacase, los repartió entre sus tropas y les propuso la vuelta á España, que todos aprobaron, y acercándose á Tánger, en ocasión de zarpar para la madre patria unas galeras castellanas, se embarcaron y arribaron á Sevilla, donde se les dispensó por el pueblo una acogida afectuosa; partiendo D. Alonso inmediatamente á la corte á ofrecer sus respetos al ya entolces rey de Castilla y de León, D. Sancho el Bravo.

La alianza de Mqhamad y Sancho IV contra el Emir merinita, dió lugar á varios encuentros y encarnizadas luchas con los moros africanos, que se vieron precisados á

rendir á Tarifa, plaza en aquel tiempo considerada por su importancia como la llave de la península, por la facilidad con que á ella podían llegar del África los ejércitos moros. Repetidas veces trataron de recuperarla los bereberes, siendo inútiles cuantos medios pusieron en juego para conseguirlo. Por entonces ocurrieron en la familia de Guzmán ciertas desavenencias, originadas por aventuras amorosas de nuestro héroe, y á fin de poner término á las mismas, ofreció al monarca sus servicios, y éste le confió la alcaldía de Tarifa, adonde se trasladó con su mujer y demás familia, hecha excepción de su primogénito D. Pedro Alfonso, que partió al mismo tiempo á Portugal á recobrar la salud y á educarse en la corte de D. Dionis. (Algunos historiadores y biógrafos de don Alonso Pérez de Guzmán, dicen que D. Pedro hizo el viaje acompañado del bastardo infante D. Juan, desterrado de Castilla.)

*
* *

A principios de 1294 creyó Aben-Jacob que se le presentaba la ocasión más propicia de recobrar á Tarifa, porque el infante don

Juan, expulsado de la Lusitania en virtud del requerimiento de D. Sancho al monarca portugués, para que no contraviniese el pacto de no admitir en sus dominios al desterrado, por las continuas correrías que éste hacía por tierras de León, se le ofreció como vasallo prometiéndole recuperar tan anhelada plaza, si gente y recursos le presentaba para ello.

¿Cómo D. Juan llegó á la corte de los Ben-Marit? Aun la severa crítica no ha dictado su fallo en este punto, donde al parecer la fatalidad representa papel importante. ¿Fue la situación moral de un hombre entregado por completo á la pasión de la venganza ó el aciago destino el que le precipita á consumir un crimen abominable? Sin entregarnos á los caprichos de las imaginaciones infantiles, ni al descarnado análisis de un hecho todavía oscuro en esta parte, sólo diremos que D. Juan, al salir expulsado de Lisboa con rumbo á Francia, vientos de tempestad lo arrastran hacia las costas de Tánger, donde él y sus secuaces fueron recibidos con grande *honra y regalo* por el mismo rey de Marruecos. Manifiesta allí el bastardo

á Aben-Jacob que las costas españolas se hallaban desprovistas de naves que las protegieran, porque su hermano había licenciado las del almirante genovés Benito Zacarías, que las resguardaban, y que D. Sancho hallábase á la sazón muy ocupado en sofocar los disturbios del interior de su reino. Estas revelaciones decidieron á Aben-Jacob por la conquista de Tarifa, encomendando la empresa al traidor infante que, con cinco mil zenetes y gran número de peones acaudillados por Amir, primo del rey de Marruecos, pasa el Estrecho y pone sitio á la plaza, empezando á batirla por mar y tierra con toda clase de máquinas, y principalmente con dos mandrones emplazados: uno en el cerro de Santa Catalina, sobre la isleta, y otro al lado opuesto sobre la fortaleza, con los que arrojaban muchas y enormes piedras contra los muros y las casas de Tarifa.

Si duro y redoblado era el empuje de los sitiadores, más enérgica y tenaz era la resistencia de los sitiados. De un lado luchaba la felonía y el despecho, puestos al servicio de gentes extrañas por su raza, por sus creencias y por sus costumbres; del otro se

resistian la lealtad y el patriotismo, en defensa de una causa justa, de una religión divina y de una tierra sagrada, donde dormían el sueño de la muerte gloriosos antepasados que la habían regado con su sangre. Á los seis meses de sitio, haciendo un supremo esfuerzo, los bereberes lograron fijar las escalas en los muros, escudados de mantas, y cubiertas de madera y hierro; pero todo fué inútil ante el tesón de D. Alonso Pérez de Guzmán que los rechaza con grandes pérdidas; mas noticioso de que el mismo Aben-Jacob se dirigía contra Tarifa, la abastece de armas, viveres y municiones, aumentando también el número de los defensores.

La plaza era pequeña; veintiséis torres con otros tantos lienzos de muralla formaban su circuito, abundando los baluartes, terraplenes y estacadas; desde cualquiera de sus torres veíanse las otras, y fácilmente podían acudir en auxilio de la que pudiera ser asaltada: todas ellas estaban bien provistas de piedras, fuegos y calderas llenas de plomo, resina, pez y aceite hirviendo, dispuestas para ser arrojadas sobre los que se aventurasen á llegar á los adarves, y en las

almenas se colocaron artificios de madera que permitian sacar la cabeza á los defensores sin que pudieran ser heridos por los moros. Por su parte el bastardo D. Juan, con los nuevos refuerzos recibidos y el aumento de catapultas, se preparó para un nuevo y decisivo asalto, que también resultó infructuoso y de grandes pérdidas para las tropas berberiscas. Al día siguiente de ser rechazados—dice la crónica de D. Sancho y Pedro Barrantes—los moros alzaron un capacete con una lanza, en señal de paz, al que los sitiados respondieron con otro indicando que se les otorgaba: puestos al habla solicitaron una entrevista con D. Alonso, á lo que accedió Guzmán saliendo por el adarve á la torre del Cubo, llamada así porque era redondeada, y además hacia un través ó flanco en una esquina que guardaba la mar. Llegaron los sitiadores por la playa hasta un tiro de piedra de la torre, y entonces Amir dijo á Guzmán: «Cide Alonso, Aben-Jacob mi señor te saluda, y ruega que pues fuiste suyo, le des esta villa que fué suya por el pan que comiste en su casa y por el bien y honra que de ella sacaste». D. Alonso le

contestó: «Cide Amir, ni cuando yo servi al rey Aben-Jucef y á Aben Jacob, su hijo, di sus villas á los cristianos, ni ahora que sirvo al rey D. Sancho de Castilla daré Tarifa á los moros». — No perderás mucha honra en ello — dijo Amir, y D. Alonso le replicó: «Pues que tanto sabes de honra combatamos los dos solos en ese arenal sobre si perderia ó no honra en dar la villa que tengo del rey don Sancho á su enemigo Aben-Jacob, y os aseguro el campo.» Amir respondió: «No he menester poner mi persona trayendo un buen caballero que lo haga por mí,» y volviéndose al infante D. Juan le dijo: «Armese la gente y combátase la villa luego;» mas el infante le repuso: «Quien se ha defendido tan bien en los seis meses de asedio que llevamos, mejor se defenderá en adelante después de habernos muerto mucha gente».

Pero el aspid del despecho habia clavado su venenosa dentellada en el infame corazón de D. Juan que, en su impotencia para dominar á Tarife, maquinaba con instintos de hiena iniquidades satánicas. Con los deseos de la venganza sintió correr por sus venas los escalofríos del más espantoso cri-

men, y en su cabeza sintió el martilleo de pensamientos siniestros que cruzaban por su mente con las fulguraciones del rayo; entonces, sólo entonces, pudo apoderarse del primogénito de D. Alonso, y presentándolo maniatado ante los muros de Tarifa: «Este es—dijo á Guzmán—el niño que me diste para llevarle al rey de Portugal;» á lo que exclamó D. Alonso: «Conozco que es mi hijo mayor, el más amado y querido, pésame mucho verle en vuestro poder y no en el de á quien yo le enviaba;» entonces el niño empezó á llorar diciendo: «Padre, méteme allá, que me quieren matar estos moros,» y éste respondió: «Hijo, holgara meterte en mis entrañas para que si te hicieran mal pasara primero por mí.» Y viniéronle las lágrimas á los ojos al ver la cosa que más amaba en poder de sus enemigos. Creyó entonces el inicuo D. Juan llegado el momento de poner precio á la entrega de la plaza, en la vida del inocente niño, y así le dijo á D. Alonso: «Que me entregues la villa hoy en todo el dia, y si no os mataré vuestro hijo sin piedad alguna.» Guzmán, al oír esta proposición, le responde: «La villa de Tarifa yo no

os la daré que es del rey D. Saicho mi señor, y le hice homenaje por ella; pero yo os daré por mi hijo lo que pesare de plata ó las doblas que vosotros quisiéreis;» mas al replicarle el infante que no le estaba bien aquel partido, y que si no le entregaba la plaza degollaría á D. Pedro Alfonso delante de los mismos muros, Guzmán, en el paroxismo del amor paternal, arrasados de lágrimas los ojos y el corazón oprimido, pero con el alma sublimada y la razón despierta al cumplimiento de un deber sagrado, le dijo: «No engendré yo hijo á mi patria para que fuese con los enemigos de ella. Si D. Juan le diese muerte, á mí dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterno infamia en el mundo y condenación eterna después de muerto. Y porque no penseis que os he de entregar la villa por las amenazas de la muerte de mi hijo, ved ahí un cuchillo con que le degolleis por si acaso os faltara arma para completar la atrocidad,» y echando mano al que llevaba al cinto, lo arrojó á los enemigos diciendo: «Antes quiero que mateis ese hijo y otros cinco si los tuviere, que dar la villa del rey mi señor de que le hice

homenaje». Y dicho esto se retiró de las almenas y entró, sin mostrar su ánimo alterado en el castillo, donde estaba su mujer D.^a María, ignorante de lo que había pasado.

Pueden las grandes luchas morales caer bajo el dominio de las artes y hallar en ellas plasticidad perenne ó fiel interpretación escénica. Los héroes griegos, en sus luchas, en sus pasiones, en sus ideas, dan lugar á esas grandes tragedias del teatro helénico y se avalora su pujanza haciéndoles combatir con los mismos dioses; Alonso Pérez de Guzmán no lucha con las grandes figuras del Olimpo, lucha con enemigos más terribles: con su propio corazón de padre, que se rebela, que llora por el hijo amado; lucha con su misma sangre que clama porque no se la derrame en la del inocente niño; lucha con su conciencia moral, golpeada en el yunque de los más caros afectos: Guzmán sobrepuja, en el acto de arrojar su cuchillo por los muros de Tarifa á toda la teogonía pagana.

Sublime ejemplo de resignación y de obediencia representa el santo patriarca Abraham sobre el monte Moria, dispuesto al sacrificio de su hijo; pero más grande y

más conmovedora es la figura del esclarecido leonés consumando el sacrificio del suyo en holocausto de la patria; porque el primero obedece al Dios de los cielos y la tierra, al Dios de las celestes recompensas, al que con sus manos arrojó la materia cósmica en los espacios, como luciérnagas de lo infinito; al dispensador de la gracia, al que dá la gloria y la vida eterna, y Guzmán obedece sólo al cumplimiento de un deber humano, sin esperar otra recompensa, por grande que ésta sea, que la que pueda otorgar un monarca de la tierra, formado de barro perecedero y ruin.

Heroicidad, sin ejemplo en la historia del mundo, jamás soñada por los grandes poetas, y espejo de fidelidad acrisolada, de cívicas virtudes y de inaudito valor. Al retirarse Guzmán de la muralla—dice Lafuente:—«el icfante D. Juan (indigna y cobarde acción que nos duele tener que referir de un príncipe castellano) degolló al tierno hijo de Alonso con el cuchillo de su mismo padre, y llevando más allá su ruda barbarie, hizo arrojar la cabeza á la plaza con una catapulta para que su padre la viese.» Un ala-

rido de horrible dolor llenó entonces los ámbitos de Tarifa: Guzmán sale precipitadamente de su cámara á enterarse de lo ocurrido, y al saberlo, con estóica calma prorrumpe: «¡Cuidé que los moros asaltaban el castillo!» retirándose con la resignación de los mártires á llorar en el retiro su desgracia.

Avergonzados los moros, levantaron el cerco y se retiraron al Africa. El infame Don Juan, abrumado bajo el peso de su conciencia por el asesinato cometido, no se atrevió á presentarse en la corte de Aben-Jacob, pasándose á los moros de Granada, y Don Alonso Pérez de Guzmán recibió el consuelo, si consuelo puede haber para tan grande infortunio, de legar á su pueblo un nombre honrado con que enaltecer las páginas de su historia. Sabedor D. Sancho de la heroicidad de Guzmán y hallándose enfermo en Alcalá de Henares, le escribió la siguiente carta: «Primo D. Alonso Pérez de Guzmán: Sabido hemos lo que por nos servir habeis fecho en defendernos esta villa de Tarifa de los moros, habiéndoos tenido cercados seis meses, y puesto en estrecho acincamiento. Y princi-

palmente supimos y en mucho tuvimos dar la vuestra sangre y ofrecer vuestro hijo primogénito por el mi servicio y del de Dios delante, y por la vuestra honra. En lo uno imitásteis al padre Abraham, que por servir á Dios le daba el su hijo en sacrificio, y en lo leal quisisteis semejar la sangre de donde venides. Por lo cual mercedes ser llamado EL BUENO, y yo así vos lo llamo, y vos así vos llamaredes de aquí adelante. Ca justo es que el que face la bondad tenga nombre de bueno, y no finque sin galardón de su buen fecho: y á los que mal facen les tollan su heredad y hacienda. Vos que tan gran exemplo y lealtad habeis mostrado y habeis dado á los mis caballeros y á los del todo el mundo, razón es que con mis mercedes quede memoria de las buenas obras y hazañas vuestras y venid vos luego á verme: ca si malo no estobiera y en tanto afincamiento naide me tollera que no vos fuera á ver y socorrer. Mas haredes conmigo lo que yo no puedo hacer con vos, que es veniros á mí, porque quiero hacer en vos mercedes que sean semejables á vuestros servicios. A la vuestra buena mujer nos encomendamos la

mía e yo, y Dios sea con vos. De Alcalá de Henares á dos de Enero, era de mil y trescientos y treinta y tres años.—El rei.»

Después accediendo á los deseos del monarca, Guzmán el Bueno se dirigió á la corte, siendo agasajado durante el camino por las muchas gentes que á su paso se agolpaban para verle de cerca, y el rey que salió á recibirle, visiblemente conmovido, pronunció dirigiéndose á sus cortesanos estas palabras: «Aprended, caballeros, á sacar labores de bondad, cerca teneis el dechado.»

Al poco tiempo bajaba al sepulcro el rey D. Sancho, dejando la corona á su hijo D. Fernando, de nueve años de edad, y rogando en su última hora al caballero leonés que partiera á Andalucía á defenderla y mantenerla por su hijo.

En la turbulenta minoridad de don Fernando IV sólo dos figuras se destacan de inmaculada lealtad y altas virtudes: la de don Alonso Pérez de Guzmán EL BUENO y la de la reina madre D.^a Maria de Molina, que recibieron como premio á sus servicios, la negra ingratitud de aquel rey desventurado. Sin embargo Guzmán continuó siendo el paladin

esforzado de las armas cristianas hasta que herido cerca de Algeciras luchando contra los infieles, entregó su alma á Dios luego de haber recibido los auxilios espirituales. Este triste suceso ocurrió á 19 de Septiembre de 1309, llenando de duelo no sólo á su familia, sino á la España entera.

Muerto el valeroso caballero, su cadáver fué trasportado en hombros de sus soldados al Real de Algeciras, donde fué recibido por el mismo rey con grande pena por su muerte y luego—dice un cronista—«se aparejaron para traer su cuerpo su hijo D. Juan Alonso de Guzmán, y su hermano D. Albar Pérez de Guzmán, y su sobrino D. Pedro Núñez de Guzmán, y sus dos yernos con otros muchos señores y caballeros, y pedida licencia el rey, que la dió con mucho sentimiento, porque quería mucho á D. Alonso, y todos cubiertos de luto, salieron del Real, y los caballeros cortaron las colas á los caballos como era costumbre en aquellos tiempos cuando perdian á su capitán y caudillo en la guerra, y puesto el cuerpo en una caja cubierta con un paño rico de brocado que el rey envió para sobre la caja, y con muchos cirios encendi-

dos llegaron á Medina Sidonia y á Sanlúcar, y desde allí en barcos llegaron á Sevilla, donde se les hizo un grandísimo y real recibimiento de ambos cabildos y de todos los caballeros de Sevilla, porque D. Alonso Pérez de Guzmán era de todos muy amado, y á la usanza de aquellos buenos tiempos salieron también su cara y amada mujer, D.^a Maria Alfonso Coronel, con sus dos hijas, cubiertas de jerga, que era el uso de los lutos y trajes de los señores en semejantes ocasiones, y á estas señoras iban acompañando todas las señoras de la ciudad con sus lutos ordinarios, y llevaron muchos cirios que se mandaron hacer en sabiendo su muerte.

• El cuerpo fué llevado á la iglesia mayor hasta otro día que se hicieron los oficios funerales por el arzobispo y cabildo y todos los religiosos, los cuales allí dijeron sus vigiliass y misas.

• Y todo acabado, el siguiente día llevaron su cuerpo á su monasterio de San Isidro, una legua de la ciudad, que él había edificado en Sevilla la vieja, en las ruinas de la famosa Itálica, patria de los famosos empera-

dores Trajano y Adriano y del Gran Teodosio, y dichas allí sus misas y sufragios por su ánima, fué sepultado en un sepulcro de mármol que está asentado sobre dos feroces leones y una sierpe sin lengua, y esculpidas en él sus armas en unos escudos con un letrero y epitafio de letras antiguas alrededor.* (1)

Tal es la historia del ilustre leonés, á quien hoy honra su pueblo erigiéndole una estatua.

(1) Aquí yace D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, que Dios perdone, que fué bien aventurado é que punió siempre en servir á Dios é á los reyes é fué con el muy noble rey D. Fernando en la cerca de Algeciras, estando el rey en esta cerca fué á ganar á Gibraltar; é después que la ganó entró en cabalgada en la tierra de Gauzin é ovo hacienda con los moros é matáronlo en ella viernes 19 de setiembre, era de 1347 (año 1309).

93